

Noé y el éxodo del agua

por Carmen Naranjo

Después de muchas generaciones, llegó Noé al mundo, hijo de Lamec. Su padre celebró su nacimiento diciendo: "Este nos ha de consolar respecto de nuestra labor y del trabajo de nuestras manos, a causa de la tierra que Jehová ha maldecido".

Por aquellos tiempos, Dios se dio cuenta de que era mucha la maldad del hombre en la tierra. Le pesó haber hecho al hombre y pensó en su destrucción, junto con los animales de la tierra y las aves del cielo.

Noé, sin embargo, encontró gracia en los ojos de Jehová. Dice la Biblia que era un varón justo y perfecto entre sus contemporáneos, y que andaba con Dios.

Nada más dice la Biblia sobre Noé, pero lo que dice es suficiente. Las cualidades de "justo" y "perfecto", son de por sí extraordinarias, pero lo son aun más excepcionales en el mundo corrompido y violento en que vivía.

La perfección es una medida a la que casi ha renunciado la humanidad. Las reglas morales parten del principio de que el hombre es imperfecto, precisamente su existencia se fundamenta en la imperfección de lo humano. El budismo, por ejemplo, se basa en ese reconocimiento y estimula la acción del amor y del bien como un crear cercanías con la perfección.

La justicia es otro anhelo humano y el ser justo representa un cúmulo de superaciones, un aceptar sacrificios y un vivir con claridad de conciencias.

Noé, justo y perfecto entre sus contemporáneos, es así porque así está escrito. No sabemos en qué forma alcanzó esas cualidades, ni cómo se multiplicaban su perfección y su justicia. Únicamente sabemos que era agricultor, que estaba casado y que tenía tres hijos: Sem, Cam y Jafet.

Un día Dios le dijo: "El fin de toda carne ha llegado delante de mí, porque la tierra está llena de violencia a causa de ellos, y he aquí que voy a destruirlos juntamente con la tierra". Entonces le da instrucciones sobre la barca que debe construir, de 300 codos de largo, 50 codos de ancho y 30 codos de alto, de tres pisos, con una claraboya y una puerta en el costado. Acabadas las instrucciones, Dios anuncia a Noé el diluvio, que destruirá todo lo que está debajo del cielo. Después sabe Noé por boca de Dios que él, su esposa, sus tres hijos con sus esposas, siete parejas de animales limpios y una pareja de animales sucios, según su género, entrarán en la arca, para salvarles la vida.

DILUVIO

El tiempo para el diluvio está definido. Dentro de siete días empezará y durará cuarenta días y cuarenta noches.

Dice la Biblia que para ese entonces tenía Noé 600 años. Mucho tuvo que correr para en siete días construir el arca, abastecerla de alimento, preparar a la familia, conseguir las parejas de animales y quizás advertir a sus amigos, invocar su arrepentimiento y abolir la violencia y la corrupción en el mundo.

El arca estuvo lista en el plazo, en el mismo plazo de la creación del mundo, y todo preparado. Con la ayuda de Dios lo imposible es posible. Empezó el diluvio y se presenta con imágenes alucinantes: "En ese mismo día fueron rotas todas las fuentes del grande abismo, y las ventanas de los cielos fueron abiertas; y hubo lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches". Crecieron las aguas, el arca se levantó, empezó a navegar; las aguas siguieron creciendo, cubrieron las montañas el arca siguió navegando.

Mientras tanto, hombres, animales y aves morían en la tierra. "Y fue raído todo ser viviente que había sobre la faz de la tierra, desde el reptil y hasta el ave de los cielos; y así fueron raídos de la tierra; y fueron dejados solamente Noé y los que con él estaban en el arca".

El azote del diluvio está muy bien descrito por muchos pintores, que han ido más allá el escueto relato bíblico. Hombres, mujeres, niños desnudos, moribundos ven con horror crecer las aguas. Animales subidos en los árboles, enseñan su desesperación. Cadáveres hinchados nadan silenciosamente. El arca cerrada, único signo de vida tranquila, sigue el destino marcado por Dios.

Frente a esos cuadros, es difícil entender la perfección y la justicia de Noé. Hasta el arca debían llegar los gritos de auxilio, el llanto de los niños, el arrepentimiento de los hombres ya desesperados, frente a la evidencia de la muerte y de la furia de Dios.

Pero, esta historia del diluvio viene de tiempo atrás y se repite en el desarrollo de las religiones más antiguas. Es el simple acontecer de lo que debe acontecer. No hay clemencia, ni heroísmo. Se cumple el papel trazado por Dios.

Por esa misma razón, Noé no pregunta, no aboga por los otros, no pide perdón para los demás, se desconocen sus sentimientos, se ignora por qué se conforma egoístamente con salvar sólo a los suyos, se limita a cumplir con cierto mecanismo lo que Dios le ordena.

CORRUPCION

Si comparamos este relato bíblico con el babilónico, vemos que no se trata de un dios caprichoso que ordena el diluvio porque un ser humano perturba su sueño, ni de un ser humano que construye una barca porque un dios amigo le advierte lo que va a pasar. Se trata de un Dios afligido por la corrupción y la violencia del mundo, de un Dios arrepentido por los actos que se cumplen en su creación, de un Dios dispuesto a acabar con lo creado, pero que tiene la alternativa de recrear y para ello planea el diluvio. Se trata, por otra parte, de un hombre perfecto y justo, que no merecía ser destruido, cuya conducta propicia su salvación.

Sin embargo, el relato tan concreto es difícil de comprender, sobre todo porque Noé es humano, no puede dejar de serlo y al terminar su travesía de navegante y al volver a su oficio de agricultor, exhibe algo de lo que quiebra su condición de justo y perfecto. Por la concreción del relato, muchos rabinos han creado leyendas interpretativas sobre el éxodo del agua, que vive este héroe bíblico. Digo que vive porque él, con su esposa y con sus hijos, atraviesan el diluvio y la inundación; no digo que es el conductor o el líder en este segundo éxodo de la Biblia, porque Dios es el capitán del arca, el que la conduce, la salva del naufragio y la lleva a lugar seguro.

Cuando las lluvias cesaron, cuando las aguas empezaron a disminuir, cuando el arca posó sobre las montañas de Ararat, Noé abrió la ventana y envió un cuervo, el que estuvo yendo y viniendo hasta que las aguas se secaron en la tierra. Se cuenta que este cuervo preguntó a Noé por qué lo había escogido para esa misión. Noé le contestó con singular pragmatismo que no era un animal apto para los sacrificios, ni necesario en el mundo. Después envió una paloma, la que no halló lugar en donde posar y volvió al arca. Siete días después, la paloma voló de nuevo y trajo una hoja fresca de olivo. Dice una leyenda que en este segundo viaje, la paloma llegó a las puertas del paraíso y de ahí tomó la rama de olivo, pero muchos dicen que eso es imposible, pues si la paloma hubiera llegado hasta allá no habría traído la rama de un árbol prosaico en estos confines, si no que habría traído algo más exquisito y exótico. Noé esperó siete días y envió de nuevo a la paloma, la que ya no regresó más. La tierra estaba lista para habitarla.

Quitó la cubierta del arca, la tierra lo esperaba, ya seca. Dios le dijo que podía salir con los suyos y sacar a los animales. Así lo hizo y como primer acto de asentamiento construyó un altar y ofreció holocaustos de animales limpios.

El éxodo del agua se había cumplido.

PACTO

Entonces dijo Dios en su corazón: "No volveré más a maldecir la tierra por la causa del hombre; porque la imaginación del hombre es mala desde su niñez; ni volveré a herir a todo viviente, como acabo de hacerlo. Mientras dure la tierra, siembra y siega, frío y calor, verano e invierno, y día y noche nunca cesarán de ser". Luego, siguió el pacto de Dios con Noé y con el pueblo que vendrá de él, en que se establece que no habrá más diluvio y que la creación es para el ser humano, sobre la que debe rendir cuentas.

El silencio obediente y la actitud sumisa de Noé, el éxodo del agua y el sufrimiento de los que murieron, son los redentores de un mundo que empieza nuevamente.

Y Noé cultiva de nuevo. Su cultivo es ahora de uvas. Una leyenda señala que el diablo le propuso ser socio y se encargó de regar la tierra con sangre de animales. Es por eso que el vino al principio hace a la persona tan mansa como una oveja, más vino le da fuerzas de león, todavía más convierte en un cerdo, sucio y descuidado, y por último, ya el exceso, transfigura al hombre en un mono, del que todos ríen por su necedad y su ridiculidad.

La viña de Noé, siguiendo únicamente el relato bíblico, dio sus frutos. Noé abusó del vino y acabó tendido en su tienda completamente desnudo.

Esta fragilidad humana ha hecho suponer a algunos comentaristas de la Biblia, que el episodio es de otro Noé, no el Noé del arca. Podría pensarse que fue el otro yo de Noé, dentro del mismo Noé del arca, el que se embriagó. Aquella vida de tensión, que presenció un mundo que acabó y un nuevo mundo que empieza, bien podría gozar de un largo rato de olvidos.

Y ese hombre que había logrado el pacto con Dios y su promesa de no más maldiciones sobre el mundo, se encolerizó con el hijo Cam que lo sorprendió desnudo y lo maldice. Mientras Jafet y Sem son benditos por el padre, Cam y sus descendientes serán siervos de siervos de sus hermanos.

Noé pierde su perfección y su justicia, pierde también la terrible lección del diluvio. El pecado por el que condena a su hijo es su propio pecado: estaba desnudo a causa de su embriaguez.

Por eso es mejor creer que Noé murió a tiempo, poco después de encontrar la tierra firme. Morir a tiempo es una gracia divina.

En realidad, si Noé hubiera muerto sin debilidades, sería más válido el elogio que mucho tiempo después le hace el profeta Elías, al citarlo entre los tres hombres justos y perfectos: Noé, Job y Daniel.